

CHICA

GAY.

DIOS

BUENO

JACKIE HILL PERRY

CHICA

GAY.

DIOS

BUENO

La historia de lo que fui y de lo que Dios siempre ha sido

BH
ESPAÑOL

NASHVILLE, TENNESSEE

Contenido

Prólogo	xi
Introducción	1
PARTE 1—LO QUE YO ERA	5
Capítulo 1: 2006.....	7
Capítulo 2: DESDE 6000 A.C. HASTA 1995 D.C.	11
Capítulo 3: 1988.....	23
Capítulo 4: 1989–2007.....	29
Capítulo 5: 2006.....	39
Capítulo 6: 2007.....	47
Capítulo 7: 2007.....	55
Capítulo 8: 2008.....	67
PARTE 2—EN QUIÉN ME TRANSFORMÉ.....	79
Capítulo 9: 2008.....	81
Capítulo 10: 2008.....	95

JACKIE HILL PERRY

Capítulo 11: 2008-2014 113
Capítulo 12: 2009-2014 125
Capítulo 13: 2013-2014 145
Capítulo 14..... 151

PARTE 3—LA ATRACCIÓN POR PERSONAS

DEL MISMO SEXO Y..... 159
Capítulo 15: La atracción por personas
del mismo sexo y la identidad 161
Capítulo 16: La atracción por personas del mismo
sexo y la resistencia 179
Capítulo 17: La atracción por personas del mismo
sexo y el evangelio heterosexual 189
Epílogo 205

Reconocimientos

GRACIAS, PRESTON, por tu apoyo. Gracias, Nancy, por alentarme. Gracias, Robert, Austin, Devin y B&H, por guiarme. Gracias, amigos (ya saben quiénes son), por orar por mí.

Prólogo

JACKIE HILL PERRY y yo no podríamos tener trasfondos más dispares.

Ella es una milenial; yo soy de la generación de los *baby boomers*. Ella es afroamericana; yo soy blanca. A ella la crio una madre soltera y la desatendió un padre ausente que no tenía idea de cómo amarla. A mí me criaron una mamá y un papá atentos y felizmente casados, que se adoraban mutuamente y amaban a sus hijos. Jackie tiene 16 años menos que su único hermano, mientras que yo tengo seis hermanos y hermanas menores.

Jackie es una artista de *hip-hop*. Yo tengo un título en piano, cero sentido del ritmo y suele gustarme la música escrita antes de 1910. Ella es una poetisa que usa palabras (con una destreza impresionante) para pintar imágenes sobre el lienzo del corazón, provocadoras y evocativas a la vez. Mi estilo de oratoria y escritura se inclina a los puntos secuenciales, con un orden prolijo y detallado.

Jackie tuvo su primera experiencia homosexual cuando estaba en la escuela secundaria. Yo no recuerdo haber

JACKIE HILL PERRY

escuchado la palabra *homosexual* ni conocer a nadie que se identificara como tal hasta tiempo después de haber terminado la escuela secundaria. Ella no conoció a Jesús hasta su juventud temprana; mi primer recuerdo consciente es confiar en Cristo como Salvador a los cuatro años de edad.

Mi asociación con Jackie me ha brindado, entre otras cosas, un vocabulario expandido. Recuerdo, por ejemplo, el día en que estábamos enviándonos mensajes sobre un ministerio en el que ella servía en ese momento. Me informó que se trataba de un ministerio que «volaba alto». A lo cual respondí: «¿Cómo que vuela alto?». Me explicó que se refería a que era un ministerio maravilloso o genial. Aprendí una expresión nueva y le dije: «¡Menos mal que esa es la manera que eligen para volar!». Las dos nos reímos.

Sí, la nuestra ha sido una amistad improbable. Sin embargo, aunque somos distintas en muchos aspectos, nuestras vidas y nuestros corazones se han entrelazado mediante nuestra necesidad común de un Salvador y de la gracia abundante que ambas recibimos de Cristo. Más allá de eso, compartimos un amor por la Palabra de Dios, y las dos valoramos y nos aferramos a la doctrina sólida, no solo como algo verdadero y necesario, sino también hermoso y bueno. Todo esto, combinado con haber observado su profundidad de discernimiento y sabiduría, y las maneras en que Dios ha usado su voz audaz y clara, me ha llevado a admirar y alentar a Jackie (y a su esposo Preston).

CHICA GAY, DIOS BUENO

Gracias a la providencia divina, dos de mis libros, *Mentiras que las mujeres creen y la verdad que las hace libres* y *En busca de Dios* (escrito junto con Tim Grissom), jugaron un papel significativo en el discipulado de Jackie como creyente joven. En el último tiempo, sus escritos, sus disertaciones y su actividad en los medios sociales han formado parte de mi propio discipulado, y han profundizado mi amor por Cristo y mi apreciación por la diferencia que el evangelio marca en cada parte y partícula de nuestras vidas. Así que me sentí honrada cuando Jackie me preguntó si quería escribir un prólogo para su primer libro.

Cuando leí su manuscrito, me encontré interrumpiendo constantemente a mi dulce esposo, que estaba sentado junto a mí trabajando en su computadora portátil, para compartirle oraciones y párrafos que me dejaban embelesada. «Ella ve lo que otros no ven», comentó Robert. Tiene razón. Además, describe esas cosas de una manera que la mayoría no podría.

Debo admitir que, cuando escuché por primera vez el título propuesto para el libro, tuve cierta reticencia. ¡*Una chica gay* —luchaba mentalmente—, *pero si eso ya no la define!* Lo cual terminé entendiendo, a medida que me fui adentrando en el manuscrito, es precisamente el punto. Jackie es sincera y cruda en su descripción de «lo que era», y eso proporciona el telón de fondo perfecto para destacar y celebrar «lo que Dios siempre ha sido». Su comprensión y expresión de ambas cosas —su condición caída y rota, y el amor y la gracia redentores del

JACKIE HILL PERRY

Señor— están firmemente arraigadas en la verdad, según Él la ha revelado en Su Palabra.

Este no es un libro para leer superficialmente ni en forma apurada, sino uno para saborear y en el cual meditar, a medida que Jackie mira a través de la lente de la Escritura y de su propia travesía para desentrañar realidades como la falta de un padre, el abuso, la atracción por personas del mismo sexo, la identidad, la tentación, la batalla contra la lujuria con el evangelio y los conceptos erróneos sobre la femineidad. En todo momento, Jackie señala a un Salvador que ama a los pecadores y a un evangelio que salva, transforma y sostiene a aquellos que se han acercado a Él en arrepentimiento y fe... sin importar cuán similar o distinta sea su historia de la de ella.

Como concluye Jackie:

«Vale la pena contar lo que Dios ha hecho en mi alma porque Él es digno de que lo conozcan. Digno de que lo vean. Digno de que lo escuchen. Digno de amar, confiar y exaltar. [...] Hablarte de lo que Dios ha hecho en mi alma es invitarte a mi adoración».

Así que acércate y ve, escucha, ama, confía y exalta. Ven y adora.

Nancy DeMoss Wolgemuth
Septiembre de 2018

Introducción

ESCRIBÍ ESTE LIBRO por amor... una palabra común que se usa tan fuera de contexto hoy en día. Esta obra no es un error de comunicación de mis intenciones; es un producto directo de la misma.

Antes de escribir, viví las palabras. ¿Solía ser una chica gay? Sí. ¿Ahora? Soy aquello que la bondad de Dios le hace a un alma una vez que la gracia la alcanza.

Con esta afirmación, sé que ya ofendí a varios. No supongo que todos los que tomen este libro estarán de acuerdo con cada cosa que afirmen sus páginas. Hay muchos que, mientras lean, no entenderán la homosexualidad como algo que puede estar en tiempo pasado. O constituye lo que eres, o es algo que nunca fuiste. No estoy de acuerdo con esto. La única constante en este mundo es Dios. La homosexualidad, por otro lado, puede ser una identidad inamovible solo cuando el corazón no está dispuesto a doblegarse. Esto es mucho más complejo de lo que permite mi humilde introducción. Tan solo quiero alentar a seguir leyendo a los que dudan de dar vuelta la página

debido a mi perspectiva particular sobre la verdad. Admito que mucho más de lo que tengo para decir sobre la homosexualidad y Dios será un poco contracultural, pero anhelo que también sea interesante al punto de llevarte a la consideración desde una perspectiva global.

Hay otros que solo conocen el amor heterosexual, lo cual hace que este libro ofrezca la oportunidad de estudiar lo desconocido. Estos son los cristianos (los cristianos que «siempre han sido heterosexuales») a los cuales también está dirigido este libro. No siempre me ha gustado su manera de amar a la comunidad gay. Entre el odio pintado en pancartas y el silencio interpersonal, mi amor por la iglesia me llevó a intentar escribir algo equilibrado... algo que pueda transformar el amor en el cual están llamados a caminar en la prueba tangible de cómo es Dios.

Sin embargo, no hay que confundir este libro con la Escritura. Dios mediante, será provechoso para la iglesia, pero estas palabras no deben considerarse lo más importante para la iglesia. Para eso está la Palabra de Dios. Esto no es un apéndice a la Escritura; sencillamente, es el relato de una historia impactada por la Palabra, con la instrucción práctica obtenida al aplicarla a la vida. Mi amor por la comunidad LGBT me lleva a anhelar desesperadamente que conozca a Dios. Mi amor por la iglesia me lleva a anhelar desesperadamente que le muestre al mundo a Dios tal como es, y no como preferiríamos que fuera... este

CHICA GAY, DIOS BUENO

libro es mi intento de alcanzar este fin. Salir del estilo de vida gay y entrar en un mundo nuevo de amar a Dios a *Su* manera es una vida salvaje... salvaje con tanta eficacia que hará retroceder a un nuevo santo o lo transformará en alguien mejor. Si describiera la experiencia con algún otro adjetivo, la llamaría «dura». Una dureza similar a la de una montaña tan azotada por el cielo como para escalarla. Pero incluso estas montañas se pueden mover.

Para esos santos, mi amor es un resumen de mi vida, mis fracasos, mis victorias y todo lo que he llegado a conocer sobre Dios, editado y expresado en forma de texto, para que lo lean. A medida que lo hagan, tal vez los inunde una sensación de «Ella entiende». Pero sería aún mejor que los inundara un «Dios es bueno», seguido de un «¡Todo el tiempo!» desde lo más profundo de su ser. Estas expresiones demuestran cuán a menudo Dios salva. Demuestran que hay más chicas y chicos gays a quienes un Dios bueno ha restaurado a nuevo. Para ellos, estas palabras embisten de lleno, para que sepan que no están solos.

Al escribir este libro, lo hice tal cual soy. Es decir, soy tan sincera como suelo ser. Nunca fui buena para fingir. Cuando, como nueva cristiana, presencié la manera típica en la cual algunos cristianos hablan de sus vidas, usando los términos más hermosos, rehusé ceder a la miseria conveniente de ser ambigua con la verdad. Si la verdad nos hace libres, entonces

JACKIE HILL PERRY

¿por qué no caminar en ella todo el tiempo? Con sabiduría y amor, por supuesto, pero también con la realidad de que la libertad comienza en la verdad.

Por último, en este libro que tienes en tus manos, cada frase es un intento de ostentar a Dios. Si dejara este lugar lleno de palabras con una comprensión cabal de mí misma y una revelación superficial de Dios, todos mis esfuerzos serían en vano. Este libro contiene mucho sobre mí, pero mucho más sobre Dios. Él es lo que el alma necesita para descansar, y lo que la mente precisa para tener paz. Él es el Dios Creador, el Rey de gloria, Aquel que, en amor, envió a Cristo a pagar el castigo por el pecado y a transformarse en el pecado con el cual todos nacemos. Las palabras de este Cordero de Dios resucitado, y acerca de Él, son las que espero que salten de las páginas y aniden en tu corazón. Este libro es una mano elevada, una alabanza gozosa, un himno necesario, un aleluya que se alcanza a oír y no se acalla. Esta obra es mi adoración a Dios, la cual, con oración, espero que te deje exclamando: «¡Dios es *tan* bueno!».

Jackie Hill Perry

PARTE 1

Lo que yo era

CAPÍTULO 1

2006

«**JACKIE, ¿QUIERES SER** mi novia?», me preguntó mientras entrecerraba los ojos, sabiendo que su pregunta podía ser ofensiva.

No era la primera vez que la veía. En la escuela, era una de las pocas que no escondía su lesbianismo por los pasillos, los salones de clase ni en ningún otro lugar donde se conversara. Si conocías un poco su familia, sabías que heredaba sus caderas de la mamá. Llevaba su identidad con una sonrisa, una sonrisa que se asentaba por encima de su piel, una piel que parecía bronce que había estado demasiado tiempo al sol. La había notado, y también había notado el cuerpo sobre el cual constantemente llamaba la atención.

Era el baile de la escuela secundaria, y estábamos las dos paradas en medio del gimnasio que habían transformado en salón de baile. A un lado, cerca de la entrada, se podía divisar un grupo de chicas demasiado populares como para ser amables.

JACKIE HILL PERRY

Se reían como si todo fuera un chiste privado y observaban a todos los que pasaban con el único propósito de burlarse. Al otro lado del salón, bajo los destellos giratorios de las luces, se encontraba el rey del baile del año anterior, y los muchachos frente a los cuales querían bailar todas las chicas. Esperaban que uno de ellos se desprendiera de su camarilla y les pidiera su número de teléfono. Si ella era lo suficientemente bonita, el chico tal vez incluso recordara su nombre al llamarla. Pero, por el momento, los muchachos disfrutaban del estímulo a su ego en un sábado por la noche.

Estábamos en el medio del salón. Me di cuenta de que se ponía impaciente. No había respondido a su pregunta ni había permitido que mi cuerpo revelara lo que deseaba expresar con los labios. En lo único que podía pensar era en el lunes, y en lo que me esperaba si respondía con un «sí» a su invitación. La noticia correría como reguero de pólvora a cada oído y saldría volando de los labios de los que se enteraran... hasta que la escuela ya no me viera como la chica sarcástica y de contextura apocada, sino como «la chica gay».

Pronunciarían mi nombre como si fuera contagioso. Como si lo que yo era pudiera quedarles pegado, se les metiera a sus corazoncitos heterosexuales e interfiriera hasta dejarlos tan «enfermos» como yo.

En los que más pensaba era en los violentos. Eran de la misma cepa de las chicas populares de la esquina. Tenían el

CHICA GAY, DIOS BUENO

talento natural de usar palabras como si fueran armas y de no deponerlas jamás, incluso si mataban a todos los que las escuchaban. Los insultos sobre gays eran sus predilectos. Los ocultaban y los llevaban consigo dondequiera que iban. No les costaría en absoluto disparar uno. Al mirar su rostro, escuché el sonido de una pistola que se cargaba. Ella me esperaba, intrigada por mi silencio. Me pareció escuchar balas que rebotaban en el suelo y me instaban a guardar silencio.

«Vamos, ¡no me vengas con eso! Yo no soy gay». Sonaba tan heterosexual. A propósito. Había asistido al baile escolar para participar del tradicional jolgorio adolescente que proponían esas noches. Me había puesto mi atuendo, comprado con 20 horas de trabajo de fin de semana, para atraer atención, pero ella quería más de lo que yo estaba dispuesta a pagar. Me quería a mí, y lo más probable era que esperara que yo aceptara su oferta. Pero para mí, eso hubiera sido equivalente a desvestirme frente a una multitud. No estaba dispuesta a desnudar mis secretos frente a ella ni a nadie más. Por ahora, prefería la fantasía de ser sincera. Al menos, sabía que me mantendría abrigada.

CAPÍTULO 2

DESDE 6000 A.C. HASTA 1995 D.C.

MI ATRACCIÓN POR LAS MUJERES empezó mucho antes de que supiera cómo escribir mi nombre. Mi mamá me dio mi nombre. Le pareció dignificado. Como una columna vertebral que se rehúsa doblarse. Lo había escuchado muchas veces en su juventud, cada vez que se mencionaba a la esposa de John F. Kennedy en las noticias. Pero yo, en segundo grado, no tenía idea de quién había sido el trigésimo quinto presidente ni quién era la esposa a la cual le permitía acompañarlo mientras saludaba al mundo. Lo único que sabía era que mi nombre tenía demasiadas letras, que yo tenía una pequeña grieta entre los dientes —todo culpa de mis ancestros— y que, según mi maestra, hacía demasiadas preguntas.

Cuando miraba el cielo, no entendía por qué no era del color de mis manos, en vez de parecerse a los ojos de mi maestra. Tampoco entendía por qué esa niña que se sentaba a dos bancos de distancia me hacía sentir extraña. O por qué mi

corazón se movía cuando ella se movía. O por qué, durante el recreo, terminábamos en un rincón de una casita de juguete, haciendo cosas que nunca habíamos visto y asegurándonos de que nadie las viera tampoco.

El techo me recordaba a un crayón... de esos verdes que solo sacabas de la caja cuando querías dibujar hierba. La casita en sí estaba pintada de un aburrido tono marrón, y el único toque más vivo eran las persianas de un mostaza brillante que enmarcaban las ventanas plásticas que manteníamos cerradas mientras estábamos adentro. Sin que nadie nos lo enseñara, nos escondíamos. De alguna manera, en nuestra mente había reglas que nuestro corazón sabía que estábamos quebrantando. Mi mamá estaba trabajando y, cuando pensaba en mí, seguramente se imaginaba mis ojos, que todavía no tenían una mirada evasiva, llenos de alegría mientras corría por los juegos del patio, como una leoncilla flamante y vestida con una camiseta roja y pantalones vaqueros cortos. Con el cabello oscuro y denso, como el orgullo de mi padre, meciéndome al viento, hasta que era hora de volver a clases y aprender a escribir. No sabía que estaba aprendiendo *otras* cosas. Ni cómo aquello que sentía todavía no me había dicho cómo se llamaba. Lo único que sabía era que no debía contarle *eso* a nadie.

CHICA GAY, DIOS BUENO

Los padres no pueden evitar transmitirles ciertas cosas a sus hijos. Cada vez que me paraba junto a mi mamá, alguna broma que las dos podíamos entender se apoderaba de nuestra boca... la abría y dejaba escapar la risa. Detrás de nuestros labios, veías la grieta y te dabas cuenta de que éramos parientes. Eso me había dado, algo que había sido de ella toda la vida, tan solo por nacer con sus genes.

Mucho antes de que mi madre tuviera una boca para sonreír, o de que su madre tuviera manos para limpiar coles (manos que provenían de una mujer con ojos de esclava, pómulos de una africana robada y el apellido de una europea), estuvieron las dos personas que vieron primero el rostro de Dios. En aquel entonces, Adán y Eva lucían bien distintos. No me cabe duda de que eran tan altos y fuertes como Dios había querido, con una piel prácticamente gloriosa, como la del bebé que nunca habían tenido que ser. Pero su apariencia tenía más que ver con la Persona a la cual reflejaban que con un atractivo físico. Cuando fueron creados, sus cuerpos y sus almas eran immaculados: limpios, prácticamente transparentes al punto de dejar ver a su Creador. A Él no se lo podía comparar con ninguna otra cosa más que consigo mismo, y no era fácil describirlo mediante lo que había creado. Palabras como *precioso*, *maravilloso*, *increíble* o *abrumador* son simples y casi diría que flojas para describir al Santo.

Si pudiéramos preguntarle a Adán, café de por medio, qué palabra le vino a la mente al exhalar y ver a Dios por primera vez, lo más probable es que dijera: «Bueno. Lo vi y supe que era *bueno*». Alguien que haya nacido después de Adán probablemente murmuraría, como para no parecer irreverente: «¿Bueno? ¿Esa es la mejor palabra que se le ocurre para describir a Dios? Pero si incluso yo soy bueno». La duda expresada en un susurro se debía a la sonrisa conocida, los ojos idénticos, los pómulos que hacían juego y las manos ocupadas. Y fue Adán, y no Dios, el que nos transmitió todas esas cosas.

Todo empezó después de que la esposa de Adán, Eva, quien había sido creada de una costilla del costado de su esposo, empezó a conversar con uno de los animales a los cuales Adán había puesto nombre. La serpiente, según Adán determinó que se llamaría, era hábil. Tenía la clase de carácter que una anciana que ya se ha quemado dos veces, y nunca más, podría detectar apenas entrara a una habitación. No se menciona si, cuando la serpiente se acercó a Eva, tuvo la decencia de presentarse. Si le hubiera dicho su nombre, tal vez la habría confundido o, peor aún, le habría dado la oportunidad de preguntarle de dónde venía. Adán la llamó *serpiente*, pero todos los demonios del infierno conocían al que hablaba con el nombre de Satanás. Como era más inteligente que eso, se atuvo a hacer solo preguntas al principio. Podrían guardar la parte de «conocernos mejor» para más adelante.

CHICA GAY, DIOS BUENO

Como no era de los que hablan de bueyes perdidos, la interrogó directamente sobre algo que Dios le había dicho a su esposo poco después de crearlo. Después de hacer los cielos, la tierra y todo lo que hay en ellos, Dios puso a Adán en el jardín del Edén. Adán estaba rodeado de árboles, muchos árboles... todos hermosos a la vista y con frutos deliciosos para comer. En el medio, había uno que no era más espectacular que el resto, sino igual de hermoso, llamado «el árbol del conocimiento del bien y del mal». Dios le dijo a Adán que todos los árboles eran suyos para disfrutar. Como Dios mismo los había plantado para su deleite, producirían el mejor fruto que probaría jamás. Cada bocado le recordaría la bondad que había visto el día en que cobró vida. Sin embargo, un bocado del árbol del conocimiento del bien y del mal lo mataría. Dios le informó que así sería y, como Él es santo, no estaba mintiendo.

Cuando era niña, tal vez haya tenido que aprender a escribir. O a colocar nueve letras juntas y acomodarlas para formar mi nombre; pero nadie tuvo que enseñarme sobre el gozo. Ya salí del vientre preparada para recibirlo. El primer sorbo de leche chocó contra mis papilas gustativas de recién nacida antes de caer en mi barriga a estrenar. Al hacerlo, no solo me sentí satisfecha por estar llena, sino por experimentar el sabor de la comida. Esto hizo brotar una sonrisita desde adentro. Al ir creciendo, encontré otras alegrías como los amigos, los dibujos animados, las pijamadas, las ferias, los abrazos, los juguetes,

las golosinas, las mañanas de Navidad y la risa. La bondad de Dios empapó todo lo que había creado, incluyéndome a mí, y me dio la capacidad de disfrutar a los portadores de Su imagen y lo que sus manos creaban. El gozo nunca fue el problema. Nuestro corazón fue el que nos desvió e impidió que halláramos nuestro disfrute supremo en Aquel que nos hizo, y esto mutiló la manera en la que obtenemos gozo y de quién o qué lo obtenemos.

De regreso en el jardín con Eva, la serpiente empezó a hablar:

—¿Es verdad que Dios les dijo que no comieran de ningún árbol del jardín? —Podemos comer del fruto de todos los árboles —respondió la mujer—. Pero, en cuanto al fruto del árbol que está en medio del jardín, Dios nos ha dicho: “No coman de ese árbol, ni lo toquen; de lo contrario, morirán”. Pero la serpiente le dijo a la mujer: —¡No es cierto, no van a morir! Dios sabe muy bien que, cuando coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y llegarán a ser como Dios, conocedores del bien y del mal. La mujer vio que el fruto del árbol era bueno para comer, y que tenía buen aspecto y era deseable para adquirir sabiduría, así que tomó de su fruto y comió. Luego le dio a su esposo, y

CHICA GAY, DIOS BUENO

también él comió. En ese momento se les abrieron los ojos, y tomaron conciencia de su desnudez. Por eso, para cubrirse entretejieron hojas de higuera. (Gén. 3:1-7)

Lo que el diablo tenía en mente al interrogar a Eva no era necesariamente saber qué respuesta daría ella. En realidad, lo que tendría que haber alertado a Eva no era la pregunta en sí, sino la *manera* en la cual comenzó. «¿Es *verdad* que Dios les dijo...?». O, para expresarlo de otra manera: «¿No les habrá mentido Dios?». La pregunta era una sutil acusación contra el carácter de Dios, la cual, si Eva creía, la desviaría y no le permitiría ver al Señor de manera correcta. Era imposible confiar en un Dios que mentía; ni hablar de adorarlo. Diría tan solo cosas que no tenía intención de cumplir, o afirmaría otras que no podría llevar a cabo.

Entonces, cuando ella no lo reprendió, Satanás le dijo que Dios se parecía más al diablo de lo que imaginaba. Al prometerle la inmortalidad incluso después de la desobediencia (aunque Dios ya les había advertido que morirían), Satanás incriminó a Dios como un mentiroso y se colocó como el portador de la verdad, insinuando que la Palabra de Dios era tan voluble como una promesa en labios de un engañador. Le prometió que podría pecar y, aun así, permanecer con vida. Le aseguró que la santidad, la bondad y la gloria de Dios eran

una gran farsa. La única manera en que lo descubriría plenamente era haciendo lo que Él le había mandado no hacer.

Eva miró. El árbol seguía allí. Antes, tal vez tan solo había formado parte del jardín, y no le prestaba demasiada atención. Había quedado eclipsado por toda la gloria que Dios había esparcido a su alrededor. Siempre había estado prohibido comer de él, pero no tenían prohibido tocarlo. Sin embargo, siempre había mejores cosas que hacer, comer y tocar, y mejores lugares donde sentarse, deleitarse y vivir. Que un solo árbol estuviera vedado era la menor de sus preocupaciones, ya que podían ver a Dios todos los días. Hasta que apareció la duda.

Me imagino que, en ese momento, el árbol pareció distinto. Los frutos colgaban de sus ramas, con suficiente holgura como para que el viento se moviera entre ellos. Eva los notó y pensó en su próxima comida. Imaginó lo sabroso que serían, aun si no vivía para probar el siguiente bocado. En un abrir y cerrar de ojos, se dio cuenta de lo hermoso que era aquel árbol. Se parecía a Dios, pero aun mejor, pensó. Recordó lo que la serpiente le había dicho sobre Dios, y cómo aquel árbol la haría igual a Él. Supuso que el fruto y no la fe, el pecado y no la obediencia, le darían la sabiduría que necesitaba para volverse más perfecta de lo que ya era. Es interesante que parte de lo que vio era verdad. Sin duda, el árbol era bueno para comer y agradable a la vista; Dios lo había hecho así (Gén. 2:9). El engaño estaba en creer que el árbol era más satisfactorio para

el cuerpo y más agradable a la vista que Dios. Toda la sabiduría que ella pensaba que el árbol podía aportarle la abandonó apenas hizo algo insensato: le creyó al diablo.

A veces, lo que decía el diablo tenía más sentido para mí que lo que decía Dios. Tanto él como Dios hablaron. Dios, a través de Sus Escrituras; Satanás, a través de la duda. Yo había aprendido los Diez Mandamientos en la escuela dominical, mientras comía un puñado de palomitas de maíz caseras y me tironeaba los calcetines. Las prohibiciones que escuchaba no iban bien con los bocados dulces y mantecosos con los cuales me distraía. Producían un ruido que no me interesaba recibir. «No puedes», «No deberías», «No lo hagas»... no me parecían una canción que valiera la pena escuchar, sino tan solo un ruido horrible para acallar con resistencia. Satanás, por otro lado, tan solo me decía que hiciera lo que me parecía bien, o lo que tenía sentido para *mí*. Si mentir me permitía evitar que el cinturón de mi mamá me partiera en dos la retaguardia, entonces mentir era algo *bueno*. Definía lo que era bueno según mis propios términos. Le colocaba cualquier definición que me pareciera un buen atuendo para lo bueno ese día. Por cierto, Dios había introducido originalmente el concepto de *bueno* en la tierra, pero hacía falta fe para vivir en Su definición de bueno. Todo lo que Él decía que era bueno *era* bueno, porque Él lo era. Incluso todo lo que me había mandado que no hiciera, porque Él sabía que lo más cruel que podía hacer era

no decirme (ni a todos los demás) que evitara aquello que me mantendría alejada de Él.

Sin embargo, la incredulidad no ve a Dios como el bien supremo. Así que no puede ver el pecado como el mal supremo. En cambio, percibí el pecado como algo bueno y, por lo tanto, a los mandamientos de Dios como un impedimento para el gozo. Para creerle al diablo, no necesité colgarme una estrella de cinco puntas ni memorizar uno que otro hechizo. Lo único que tuve que hacer fue confiar más en mí que en la Palabra de Dios. Tuve que creer que mis pensamientos, mis afectos, mis derechos, mis deseos eran dignos de absoluta obediencia, y que haría bien en postrarme ante el trono endeble que me había erigido.

Después de que Adán (quien había estado ahí con la esposa a la que no pudo proteger de la serpiente) comiera del árbol, murieron. Sus cuerpos seguían en pie, con sangre tibia que fluía por sus venas y con ojos que todavía dejaban pasar luz. Pero lo que Dios había dicho que vendría como consecuencia de la desobediencia se cumplió. Su negación a confiar en el Señor por encima de sus afectos excesivos, su lógica distorsionada y su deseo de autonomía los llevó de ser amigos de Dios a transformarse en Sus enemigos. La santidad de Dios era literal. Su juicio era real. Y el conocimiento que ellos tenían del pecado ahora no era tan solo intelectual, sino práctico.

CHICA GAY, DIOS BUENO

Cuando el pecado está en el cuerpo, no puede permanecer quieto. No es un huésped que se queda en una habitación, asegurándose de no molestar a los demás. Es un inquilino que vive en todo y va a todas partes. Puede esparcirse por doquier, sofocando cualquier cosa que sea santa. El espejo se hizo trizas cuando se mudó al interior. Adán y Eva, los primeros portadores de la imagen de Dios, creados para amar y reflejar a Dios en la creación, se habían transformado en los primeros pecadores del mundo.

Todos los que nacieron después de Adán heredaron esta condición. Y, tal como Eva, desde el nacimiento, yo experimentaré los residuos de su trato con la serpiente. Nacer humana implicaba que tenía la capacidad para el afecto y para la lógica. Nacer pecaminosa implicaba que ambas cosas estaban inherentemente rotas. La atracción sin nombre que sentía en ese ámbito tan elemental tan solo ponía de relieve lo insaciable que puede ser el pecado. Los deseos existen porque Dios nos los dio. Pero los deseos homosexuales existen porque existe el pecado. Amar a Dios, aquello para lo cual fuimos creados, supone tanto la voluntad como los afectos, pero el pecado se roba este amor que Dios colocó en nosotros para Sí mismo y lo desvía. El pecado se había apoderado del corazón y lo había torcido hasta volverlo algo inferior. Los deseos por personas del mismo sexo son reales. Aunque surgen del pecado, no son un sentimiento imaginario que alguien suscita con el fin de ser

diferente. Pero la realidad del afecto no lo transforma en algo moralmente justificable. Es la mente, cuando se conforma a la imagen del pecado, la cual nos impulsa a llamar a lo malo bueno, sencillamente porque nos hace sentir bien.

Tal como Eva permitió que su cuerpo le indicara lo que debía hacer con él, en lugar de la Palabra de Dios, la cual le habría recordado para qué había sido creada, yo tenía la tendencia inevitable a la misma clase de incredulidad. Aquella según la cual el pecado parecía mejor que la sumisión. O según la cual las mujeres, que están hermosa y maravillosamente hechas, tal como aquel árbol, serían *más* hermosas y *más* maravillosas de lo que consideraba que Dios era.



En esa casita de juguete, no cabía duda de que era la hija de mi mamá. Pero el fruto no había caído demasiado lejos del árbol. Lo que hacía detrás de esas persianas amarillas y lo que sentía mientras intentaba escribir mi nombre eran evidencia de que también era la hija de Adán.